

á publicarse, como se lo he rogado al autor, serán un monumento que honrará á Colombia, y llenarán un vacío en nuestras escuelas profesionales.

El señor Holguín y Caro anda hace meses, como Edipo, en busca de la solución de un enigma : por qué lo elegimos académico. Al oír estos mal hilvanados párrafos con que os he fatigado, va á quedarse más á oscuras que enantes, porque él no creará ni un ápice de lo que os he dicho. Poco importa que él no lo sepa : lo sabemos nosotros, que le dimos por unanimidad nuestros sufragios ; lo sabe la nación entera, que lo respeta y lo admira.

Señor Holguín :

Recibid, en nombre de la Academia Colombiana, la insignia tradicional de nuestro glorioso instituto. Si vuestra modestia hace que os creáis indigno de esta medalla, aceptadla como una nueva hoja de laurel añadida á las coronas que ciñen las sienes gloriosas de Carlos Holguín y de José Eusebio Caro.



Monografías históricas

LOS PRIMEROS CONQUISTADORES DE LOS INDIOS PIJAOS

III

Entre los pocos soldados que sobrevivieron á la empresa de Lozano se encontraba un capitán llamado *Diego de Bocanegra*, el cual, viendo que todos los que trataban de vencer á los Pijaos salían con las manos en la cabeza, jurando no volver á buscar fortuna en aquellas montañas ; viendo que ya nadie tenía ánimo para seguir en la empresa, resolvió acometerla él por su cuenta, creyendo que como conocía á fondo las costumbres y tretas de aquellos indios, le sería fácil establecerse entre ellos por medios suaves.

Obtenida la licencia que necesitaba de la Audiencia de Santafé, Bocanegra llegó á Ibagué á mediados del mes de Junio de 1572 y proclamó su intención, invitando á que le acompañasen los soldados que se considerasen con mayores bríos para emprender tan ardua jornada. Sesenta conquistadores reunió el capitán en breves días, y con buen acopio de víveres, armas y pertrechos, y una numerosa tropa de indios mansos, se puso en marcha al fin del mes hacia las tierras de Natagaima, en las cuales se decía que había minas de oro y que sus ríos eran en extremo auríferos. Bocanegra acampó en un hermoso sitio en las orillas del río Saldaña, y para defenderse de los indígenas levantó un fuerte palenque, dentro del cual guardó sus provisiones, y además, de noche se retiraban á él.

A poco empezaron á llegar cortas tropas de indígenas, las cuales, en lugar de hacer la guerra á los invasores, se manifestaron hospitalarias, llevaban de regalo frutas y pepitas de oro, y recibían con gusto aparente los regalillos que les hacían.

Bocanegra los trató bien, pero notó que cada día iban diferentes indígenas á visitar el palenque, el cual parecían examinar con cuidado y por todos lados, y á veces pasaban la noche algunos de ellos al pie de él, como para cerciorarse de la manera como los españoles lo guardaban.

Un día no volvieron más los indígenas, pero esa noche el capitán, que no las tenía todas consigo, vio que ardían hogueras en todas las alturas vecinas.

Comprendió entonces que les amenazaba algún formidable ataque, pues los Pijaos tenían aquella manera de dar aviso á las tribus para que se preparasen á la guerra. Se pasó la noche en silencio, pero al día siguiente vieron asomarse aquí y allí algunos indios que se escapaban cuando trataron de acercárseles, y esto sucedió durante tres ó cuatro días más. Bocanegra no dormía sino que sin cesar vigilaba el palenque, redoblando los centinelas, y nadie pegaba los ojos, sino que permanecía sin

cesar con el arma al brazo. Al cuarto día, después de haber visto las hogueras poco antes de amanecer y cuando la noche es más oscura, el capitán, que daba vuelta al palenque, vio entre las sombras moverse á corta distancia un cuerpo compacto de indígenas que avanzaban por todo el contorno del fuerte de los españoles. Estos se prepararon, pero no pudieron menos de espantarse al notar que la multitud aumentaba sin cesar, y cuando el día echó sus primeras claridades, no había sitio ninguno que no estuviera guardado por tropas de indígenas armados en guerra. Un murmullo sordo, como una inmensa colmena de abejas, anunciaba el movimiento pausado de los enemigos que avanzaban, hasta que, prorrumpiendo en un alarido terrible todos los que adelante iban, se arrojaron sobre el palenque; apretados por los que venían atrás, no podían detenerse ni hacer uso de sus armas, de manera que los españoles pudieron matar á cuantos se iban acercando, y los mismos cuerpos muertos que se amontonaban al pie de los maderos del palenque formaron una barrera que impedía que se acercasen los demás.

Al fin los indios pudieron detenerse, y al ver la multitud de muertos que rodeaban el fuerte de los españoles y que éstos hacían estragos con sus mosquetes en los que trataban de avanzar, fueron por último presa de repentino pánico, y volviendo caras, huyeron á ocultarse en las cercanas montañas.

Dos españoles, sin embargo, murieron en el primer empuje que dieron los indios al palenque, y dieciocho quedaron heridos pero no de gravedad.

Esta derrota, la más completa que hasta entonces habían tenido los Pijaos, domó los bríos de aquellos naturales, los cuales resolvieron hacer las paces con los españoles. Los hombres primitivos carecen de constancia y de voluntad firme; en esto se diferencian de las razas vigorosas y nobles, en las cuales cada obstáculo despierta una nueva resistencia que las va elevando hasta la cumbre.

de la civilización. Pero también debemos advertir una cosa, y es que cuando la civilización llega á su apogeo, cuando la madurez es completa, empieza á corromperse y se nota en ella la inconstancia, la ligereza que caracteriza á los pueblos primitivos, pues el principio y el fin de las sociedades parece que se asemejan.

Hay historiadores y filósofos que creen que hoy día no existen en realidad hombres primitivos, sino al contrario, razas de hombres que se han agotado, no que empiezan sino que acaban, y por ese motivo no pueden civilizarse. Los aborígenes americanos eran salvajes porque después de haber llegado en siglos pasados á la cumbre de una civilización que no es la nuestra, fueron salvajizándose paulatinamente, y cuando llegaron los españoles iban á expirar, embrutecidos por sus malas costumbres, y, sobre todo, por el canibalismo, crimen horrendo é inmundo que Dios tenía que castigar con la muerte de la raza entera.

Uno de los principales caciques que había en los contornos, llamado *Tala*, llamó á los de menor cuantía para proponerles que se amistarán con los españoles, ya que éstos se habían propuesto invadir sus territorios, y que á pesar de los grandes esfuerzos que los naturales habían hecho parecía imposible vencerlos, puesto que aunque los derrotasen ellos siempre volvían llevando cada vez más gente de combate y atacándoles con esas armas terribles que tantos estragos hacían. *Tala* ofreció presentarse personalmente á los españoles y tentar el terreno. Los otros *Pijaos*, que habían sufrido grandes pérdidas en sus tribus, dieron plenos poderes á *Tala* para ajustar las paces lo mejor posible.

Efectivamente, una mañana, ocho días después del combate que hemos mencionado, los españoles vieron llegar á su campamento una tropa de indígenas capitaneados por *Tala*, y todos ellos, menos el cacique, cargados con toda suerte de comestibles, los cuales fueron á descargar

frente al rancho del capitán *Bocanegra*, y por medio de los intérpretes *Tala* dirigió á éste un discurso propiciatorio, pidiendo encarecidamente al español que les concediese su amistad, jurando acatarle y servirle lo mejor posible y no volverle á atacar ni hacerle la guerra. *Bocanegra* habló al cacique con agasajo, y á él y á sus acompañantes hizo regalillos de esos que llevaban siempre los conquistadores para propiciar á los salvajes. Además, ajustó las paces con *Tala*, ofreciéndole con toda sinceridad su amistad. Este entonces indicó á *Bocanegra* un sitio mejor que el que tenían escogido á orillas del río *Amoyá*, en sitio ameno y fresco. El capitán convino en ello, transportó allí sus penates, y auxiliado por los indígenas, fundó un pueblo, el cual dio muy buenos resultados.

En breve más de quinientos indígenas se brindaron voluntariamente á trabajar para los españoles, ayudándoles á buscar el oro en los arroyos auríferos, á labrar la tierra, derribar monte y hacer sementeras.

Bocanegra no permitía que tratasen mal á los naturales, y unos y otros, españoles y *pijaos*, vivían fraternalmente y muy satisfechos.

Esta noticia llegó en breve á *Ibagué*, lo cual llenó de envidia á aquellos capitanes que hasta entonces habían tenido mal éxito entre los *pijaos*.

Los miembros de la municipalidad de esa ciudad recordaron que aquellas tierras en donde trataba de poblar *Bocanegra* les habían sido otorgadas por la Audiencia de *Santafé*, desde la fundación de *Ibagué*, tierras que habían sido consideradas impropias para poblarse con motivo de la ferocidad de las tribus vecinas. Pero el buen éxito de *Bocanegra* despertó la emulación de esos hombres, que no habían tenido maña para hacerse amigos de los indígenas, y deseando hacerle un mal, mandaron emisarios para que con mucha solemnidad le ordenasen que desocupara el puesto que había escogido, por ser propiedad ajena. *Bocanegra* contestó con altivez á aquel injusto requerimiento

y despidió con cajas destempladas á los emisarios de Ibagué. Estos se vengaron del desaire llevándose de paso á seis de los mejores soldados de Bocanegra.

Sin embargo, el capitán pensó que para evitar disgustos sería mejor retirarse de aquel disputado lugar, y se pasó con su gente á las orillas del río Ortega, en donde fundó una villa que bautizó con el nombre de Santiago de la Frontera.

Esta persistencia de Bocanegra en su empresa enfureció todavía más á los envidiosos ibaguereños, uno de los cuales se trasladó á Santafé, y allí intrigó con los miembros de la Audiencia para que en primera ocasión y con cualquier pretexto sacara á Bocanegra de la población que había fundado. Esto no se hizo esperar mucho tiempo. Túvose noticia en Santafé—en 1574—de que el mariscal Gonzalo Jiménez de Quesada, que vivía en Mariquita, estaba asediado por los indios gualfes y que pedía auxilio para librarse de ellos.

Aquella era la ocasión que podía aprovecharse para sacar á Bocanegra de la tierra de los pijaos; así fue que inmediatamente le mandaron un posta con orden expresa de que en el término de la distancia saliese de Santiago, y, llevando cuantos soldados le fuese posible, se trasladase á Mariquita á ponerse á las órdenes del anciano conquistador.

Hacía más de año y medio que estaba poblada la villa de Santiago, probablemente en el sitio que hoy ocupa la villa de Ortega, y Bocanegra tenía esperanzas de que no muy tarde todas las tribus de los contornos, que le respetaban y querían, se someterían á él completamente, cuando le llegó esta orden, que era preciso obedecer.

Púsose inmediatamente en marcha para Mariquita, llevando consigo algunos soldados que pudo distraer de sus ocupaciones en Santiago, dejando á un capitán de su confianza—llamado Francisco de Dorantes—para que gobernase la colonia.

No bien hubo partido Bocanegra á cumplir su comisión cuando se presentó en Santiago el ibaguereño que tanto envidiaba al pacificador de los pijaos (pero cuyo nombre no apuntan los cronistas), y con hipócritas palabras y engañosas promesas logró que Dorantes empezase á manifestar á sus compañeros que corrían grandes riesgos en aquel lugar con tan pocos soldados como Bocanegra les había dejado, y acabase al fin por salirse con cuantos hombres de armas había allí, desamparando el lugar y el encargo que tenía de su jefe.

Temerosos los colonos de que los indios, al verlos indefensos, los atacaran, abandonaron la iniciada ciudad y fueron á acampar á orillas del río Coello, no lejos de las márgenes del Magdalena, y allí aguardaron el regreso de Bocanegra.

Entre tanto Dorantes llegaba á Ibagué, á donde fue á cobrar el precio de su traición, el cual era nada menos que ocho mil pesos en oro y la mano de una hermosa hija del alevoso ibaguereño. Pero en lugar de premio, el Dorantes cosechó burlas del ibaguereño, que se negó á cumplir lo que le había prometido, pues aquellos ofrecimientos no habían tenido testigos que los refrendasen, y, además, los amigos de Bocanegra le afeaban su conducta y le despreciaban por ella.

Viendo aquello, avergonzado, corrido y sin reputación, Dorantes pasó á Popayán y de allí al Perú, dejando en estas partes sentada su reputación como hombre desleal y codicioso.

Prolongóse la guerra con los gualfes seis meses largos, de manera que cuando regresó al fin Bocanegra encontró arruinada su iniciada colonia y dispersados los hombres que habían quedado en ella, pues cansados de esperarle, habían tomado servicio en otras partes.

Bocanegra pasó entonces á Santafé á pedir justicia á la Audiencia contra el desleal Dorantes y contra el ibaguereño promovedor de aquella intriga. Pero no consi-

guió nada porque el primero ya no estaba en el Nuevo Reino, y contra el segundo no pudo probar ninguna cosa, porque aquellos embrollos los había llevado con singular maña y sin que quedase nada escrito.

Indignado el valiente capitán con la conducta de sus solapados enemigos, abandonó los bienes que tenía en Ibagué y pasó á Buga, en donde se radicó con su familia.

IV

Los indios pijaos, que moraban en la cordillera central, continuaban talando poblados y haciendas y atacando á los pasajeros que transitaban las faldas de los cerros por el lado del Cauca y por el del Magdalena. Para tratar de atemorizarlos enviaron varias expediciones, las cuales siempre salieron derrotadas; solamente el capitán Bocanegra solía lograr algunas ventajas y con ese motivo llevar á cabo hazañas heroicas que refieren los cronistas, pero que no narramos aquí por temor de alargarnos demasiado. El nombre de Bocanegra era el único que los indígenas respetaban.

En una ocasión, yendo este capitán en persecución de una partida de indígenas que habían robado algunas estancias en los contornos del río Bugalagrande, viéndolos atravesar el río y meterse en un montecillo, vacilaba en la conducta que debería observar, pues sólo llevaba consigo doce compañeros y ya se acercaba la noche, cuando salió á la orilla opuesta un indígena, é hincando la lanza en el suelo, pidió en su lengua—la cual ya sin duda entendía Bocanegra—que le oyese. Capitán Bocanegra!—exclamó cuando éste le hizo seña de que le hablase;—yo, señor de Cocataima, que no teme ni respeta á nadie, á ti hace homenaje, y sólo á ti! Si hubiese tenido noticia de que venías en persecución mía, antes ya te hubiera hablado. Nosotros los pijaos conocemos que eres hijo del sol in-

mortal y que á tu pujanza nadie se resiste.... Así, escúchame: juro aquí que mientras te encuentres en estas partes, jamás volveremos á bajar á ellas!

Dijo, y huyó como una sombra á incorporarse entre los suyos, que le aguardaban ocultos en el montecillo.

Bocanegra, que conocía á fondo las costumbres de aquellos bárbaros, confió en la palabra de Cocataima y volvió tranquilamente á su hacienda, seguro de que no le volverían á atacar, como efectivamente sucedió durante los quince años que permaneció en los contornos de Buga.

Bocanegra, ya muy anciano, volvió de nuevo á Ibagué, en donde tenía encomienda y solares y casas en la población.

V

En 1583 gobernaba el Nuevo Reino de Granada el presidente Guillén Chaparro, á quien sin cesar llevaban quejas de los asaltos que hacían los pijaos en cuantos pasajeros trataban de pasar la montaña del Quindío, y bajaban de las cumbres de los cerros á espaldas del Chaparral y mataban sin misericordia á cuantos blancos, negros y mestizos caían en sus manos, cuyos cuerpos eran pasto de sus antropófagos instintos. Apeló la Audiencia entonces á Bocanegra, pidiéndole que tratase de domar á aquellos naturales que sólo á él temían.

Bocanegra obedeció, y auxiliado también por la gobernación de Popayán, reunió 170 soldados españoles y se encaminó al valle de Miraflores á poblarlo, porque pensaba que sólo así podría tener un centro del cual saldría á atacar á los indígenas de las montañas y le sería fácil ampararse en él en caso de necesidad. Aquel valle, regado por el río Luisa, acarreaba oro; así, era éste un aliciente más para conseguir quien lo acompañase en su empresa.

Durante algunos días no se presentó por allí ningún natural, ni parecía que las tribus de las montañas en cu-

yas cabeceras nace el Luisa pretendiesen impedir que los españoles tomasen pie en aquel lugar, como otras veces lo habían hecho.

Un día, sin embargo, se presentó con humildes ademanes un pijao, el cual, aparentando gran temor, dijo que se llamaba Beco, que su tribu lo había arrojado de ella y que iba á pedir protección y amparo al gran Bocanegra, terror de toda su raza. A pesar de la experiencia que tenía el capitán de las artes y astucias de aquellos indígenas, aquella vez se dejó engañar por Beco. Este ponderaba los malos tratos que había recibido de los suyos y el mucho amor que le inspiraban los blancos, y Bocanegra no solamente le creyó, sino que le cobró tanta amistad, que se propuso domarle, enseñarle, instruirle, y tanto le agasajó—dice el cronista Simón—que llegó á sentarle á su mesa y tratarle de igual á igual.

El pijao, que andaba libre y regalado por todos, tuvo tiempo y ocasión para estudiar las costumbres de los españoles, y entraba y salía del palenque á todas horas, notando las partes débiles de él.

Al cabo de algunas semanas Beco se manifestó pesoso por la falta que le hacían su mujer y sus hijos, y pidió permiso para ir á traerlos al campamento para que los instruyesen y bautizasen. Dieron licencia para que hiciese su gusto, pero al tiempo de despedirle Bacanegra notó en el indio ciertas miradas que le hicieron entrar en sospechas de que el pijao podía ser un traidor. Pero mientras que lo pensaba, el indio había desaparecido en el cercano monte.

El capitán dio parte de sus sospechas á sus compañeros y les encargó que vigilasen mucho el campamento y no lo desamparasen un momento. Al cabo de dos ó tres días los soldados oyeron grande algazara que hacían los monos, que pasaron precipitadamente por el río y se alejaron como siempre lo hacían estos animales cuando se aproximaban indios armados, á quienes tienen gran temor.

Bocanegra comprendió el peligro que les amenazaba, y dio orden para que todos se acogiesen al palenque antes de que oscureciese. Efectivamente, los temores no eran infundados, porque á la escasa luz del crepúsculo empezaron á ver moverse los árboles del cercano monte, y vieron aparecer al pie de ellos sombras que después permanecieron estacionarias. Por todos lados se había producido el mismo fenómeno, de manera que comprendieron que estaban completamente rodeados de apretados escuadrones de indígenas.

Creyendo que los españoles estaban enteramente inadvertidos, Beco se adelantó con unos pocos compañeros hasta la puerta del palenque, en cuyo centro ardía una hoguera para encender las cuerdas de las primitivas armas de fuego que entonces usaban los españoles. Beco y sus compañeros llevaban calabazos llenos de agua con el objeto de apagar el fuego y que no pudiesen encender las mechas de sus mosquetes. Los españoles vieron acercarse en silencio á los indígenas, y reconocieron á Beco, porque llevaba un caracol colgado del cuello. Pero éstos no contaban con que los españoles los esperaban, y á pesar de que Beco dio un formidable golpe en la cara al centinela, derribándole todos los dientes, éste se defendió atravesando al traidor de un lanzazo que le dejó muerto en el acto. De allí se siguió un combate violento con los indígenas, que se acercaron á atacar el palenque en numerosísimos escuadrones.

Bocanegra, á la cabeza de los suyos, hizo prodigios de valor, saliendo á combatir al raso; le hirieron en la garganta en el momento en que defendía á dos sobrinos suyos que vio arrollados por los indígenas en tal multitud, que por un momento se creyeron perdidos. Pero al fin los pijaos, viendo que morían centenares de los suyos y que los españoles se defendían como leones, resolvieron retirarse.

Cuando Bocanegra vio las últimas partidas de salvajes que se alejaban para ir á ocultarse en los cercanos montes

dejando el campo sembrado de muertos, volviéndose á los suyos exclamó: —Hasta hoy siempre había peleado por la honra, pero esta noche será por la vida! Felizmente la herida que recibió el capitán no era de gravedad, como no lo fueron las que sufrieron los demás. Sólo un muerto tuvieron que lamentar, pero perdieron todos sus haberes, pues los indios incendiaron sus ranchos y destruyeron las sementeras que tenían.

A pesar del hambre y de mil necesidades que padecieron Bocanegra y los suyos, aguardaron con paciencia que les enviaran socorros, como lo hicieron en breve de Santafé y de Popayán, aumentándose los soldados con más de ciento que mandó la Audiencia, presidida por el oidor Guillén Chaparro.

Nombrado Bocanegra capitán general de la provincia que conquistara, se lanzó al interior de ella con todo el brío de un joven y allanó cuantas tierras le fue posible, castigando duramente las tribus en donde halló señales de que habían tomado parte en el asalto del palenque. En esta correría llegó á la mesa del Chaparral, y allí, el 5 de Enero de 1584, fundó una población que llamó *Medina de las Torres*.

Dejando en ella parte de su tropa para que con los indios mansos que llevaba levantaran casas y arreglaran la población, el capitán, á la cabeza de cincuenta soldados de los más valientes y esforzados, empezó á escalar los cerros y á escudriñar los valles que quedan á espaldas del Chaparral. Los cronistas refieren prolijamente muchas de las aventuras que allí tuvieron; entre otras, dicen que en un risueño valle encontraron un rancho abandonado al parecer, á cuya puerta vieron un descarnado esqueleto de algún soldado español cuya carne habían devorado; le habían envuelto en ropas que sin duda le pertenecieron, y la descarnada calavera, cubierta con largas crenchas de pelo rubio, tenía puesto un morrión.

Probablemente habían situado allí ese horrible esqueleto para asustar á los transeúntes y que no penetrasen á la choza. Empero, eso no detuvo á Bocanegra y á sus compañeros, los cuales hallaron adentro gran cantidad de despojos que los indios habían robado á los españoles; ricos vestidos de raso y oro, atados con cordones de hábitos de religiosos franciscanos y mercedarios; un crucifijo de plomo manchado de sangre estaba en un rincón, semioculto debajo de huesos humanos, y en las barbacoas que amoblaban el rancho descansaban restos de carne á medio corromper.

Aquella fúnebre morada despedía los olores más nauseabundos; horrorizados los españoles, abandonaron prontamente el sitio y continuaron su derrotero hasta llegar al pueblo de un cacique llamado *Chanama*, pero no encontraron á éste y se apoderaron de su mujer y de sus hijos, así como de otros indios que habían permanecido en el pueblo, guardando muchos despojos de españoles, que conservaban.

A poco andar les salió al encuentro el cacique con algunos compañeros, los cuales atacaron á deshoras á los españoles, mataron de un escopetazo á un soldado y trataron de aterrar á los demás con sus destemplados alaridos y aspecto ferocísimo. Sorprendióse en extremo Bocanegra al ver que no solamente el cacique era dueño de una arma de fuego, sino que la supiera manejar. Pero Chanama no tenía municiones, á pesar de que se había apoderado de aquella arma en alguna guazabara con los castellanos, de manera que en breve se tuvo que dar por derrotado y buscar asilo en el fondo de sus bosques.

El capitán español tuvo por conveniente hacer alto en aquel sitio agreste, pasar la noche entre unas rocas, enterrar al soldado muerto y al día siguiente regresar á Medina de las Torres con los prisioneros que había hecho y las pocas preseas de oro que por allí se habían encontrado.

A pesar de que enterraron al español con el mayor sigilo, los indios se dieron trazas de sacarlo de su sepulcro, y, favorecidos por la oscuridad de la noche, llevárselo con intención de devorarlo.

Largos meses permaneció Bocanegra por aquellos riscos cautivando á cuantos indios cayeron en sus manos, los cuales se defendían con singulares bríos y con una ferocidad que le hizo comprender cuán difícil sería domarlos, y la imposibilidad de formar poblaciones cristianas entre ellos.

Bocanegra, cuya avanzada edad le había quitado las fuerzas físicas, aunque no el valor moral, se dio por vencido al fin y se retiró á vivir á Buga, en donde murió de más de noventa años.

Pero la Audiencia de Santafé y la Gobernación de Popayán, que necesitaban á todo trance despejar de enemigos el paso al través de sus tierras, no cesaban de enviar expediciones contra aquellos valientísimos pijaos, las cuales todas fracasaban y los españoles regresaban á Ibagué, á Buga, á Cartago, en desorden, dejando entre los naturales muchos soldados muertos y armas de fuego, de las cuales se apoderaban los pijaos, aprendían á manejarlas sin dificultad y se hacían cada día más poderosos y temibles.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Galería de hijos ilustres del Colegio

Francisco José de Caldas

(Continúa)

Dos motivos impulsaron á CALDAS para dedicarse al cultivo de las ciencias con un ardor sin ejemplo, como dijo el Barón de Humboldt: "su amor extraordinario por las mismas ciencias, su interés por la prosperidad y civilización de su patria."